

Despedida a Rosario

Diego Delgado Pastor

Universidad de Cádiz

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.13

Aunque estas palabras puedan sonar a despedida, su intención es totalmente la contraria. Con ellas quiero intentar mantener viva la posibilidad de hacer que trascienda la imagen que tengo de Charo en mi mente. Y que este simple gesto no se borre jamás, perdure y se mantenga a lo largo de los años, y se extienda su efecto acogedor entre generaciones de mentalidades que, al menos en una parte, mantenga el valor de su pensamiento.

Charo y yo nos conocimos en el curso dos mil, dos mil uno. Yo era un joven estudiante de filosofía en la Facultad de Filosofía de Sevilla y, ya en mi cuarto curso creía tener más o menos clara cuál iba a ser mi dedicación en los años venideros. Había conocido ya a profesores de distinta naturaleza, todo un jardín filosófico donde se representaban distintos papeles más o menos frecuentados. Donde otros se preguntaban por la “autenticidad”, en ti era simple expresión de un hecho. Y de una ocupación, pues no se trataba de “pura naturaleza”, esa autenticidad procedía de una visión filosófica concreta. Esta posición no reflexiona sobre la “autenticidad”, sino que esta procede de la humildad de la genealogista que se sabe acontecimiento. Detrás del sujeto, detrás del humanismo, cabe pensar todo un mundo que, no por estar oculto sino tremendamente presente, constantemente visible, supera la comprensión de quiénes somos verdaderamente.

Recuerdo claramente cómo al comenzar a charlar, las primeras veces que coincidimos ya como alumno y profesora, nuestras conversaciones pasaron muy rápidamente a ser directas, por encima de lo convencional. Como si llevásemos toda la vida hablando, como si

nunca lo hubiésemos dejado de hacer, justo en un momento en el que sentía no entenderme realmente con nadie. Y apareciste tú, tan gratuitamente amable, tan ejemplarmente ocupada, pero, sobre todo, tan verdaderamente humilde como para verme de inmediato. Eso, y tu curiosidad infinita, nos vinculó como interlocutores inseparables. Rápidamente te convertiste en compañía, en un mundo de soledad donde los cuidados podían convertirse en un insulto o una debilidad. Nuestras charlas sobre Foucault y Deleuze ayudaron a consolidar esta unión, y tus anécdotas me embriagaban con una facilidad encantadora. Recuerdo los paseos por la facultad, la seriedad con la que afrentabas mis razonamientos e hipótesis de joven impacientado, y la dignidad que ponías en cada una de mis palabras, al devolvérmelas en su justa consideración, integradas en una mezcla de sabiduría y afecto que yo jamás antes había experimentado.

A esto habría que añadirle otro aspecto que hacía la situación mucho más interesante; tu condición de mujer filósofa que tuvo que lidiar con su época. Fuiste siempre ejemplo de libertad y autonomía, desde un campo muy singular y totalmente masculinizado, tu misma vida fue ejemplo de ese ejercicio de reconocimiento de cómo el poder nos ata a un cuerpo naturalizado, y cómo este se puede reproducir bajo diferentes formas de dominio. Así, tu pregunta por “¿cómo se construyen las reglas simbólicas que modifican o hacen nacer las subjetividades, las técnicas del yo, la autoestima y la obediencia de los cuerpos?”, creo, sigue estando plenamente en vigor entre todos nosotros. Mucho más hoy, en el que estas cuestiones han revisitado sus configuraciones más grotescas.

En este momento oscuro, donde parece regresar el humano más que humano, debemos seguir defendiendo tu proyecto filosófico, tu gesto de resistencia a esa oscuridad que en estos días nos invade. Un proyecto que germinó en muchos de nosotros, los que nos congregamos en este momento de despedida. Ojalá lleguemos a experimentar un momento en el que tu modelo de pasión se haga hegemónico; ojalá la gente no pueda pensar por debajo de tu sentido del afecto. Siempre en mi corazón.